

## La "madre" de la Legión

COMO SE SALVA UN MUCHACHO ESPAÑOL

Por EL TEBIB ARRUMI

Voy a contar una historia que, aún con sus trazos novelescos, en realidad encierra caracteres de tal frecuencia que hacen del hecho suceso con atributos de normalidad. Son muchos, ciertamente, los casos similares a este que voy a narrar, pero, no obstante, creemos que encierra cierta ejemplaridad provechosa y, desde luego, satisfará no pocas curiosidades, porque ¿quién no se habrá preocupado, en estos últimos tiempos, de la suerte que habrán podido correr los muchachos españoles a quienes cupo la mala ventura de enfrentarse con la guerra civil figurando entre las filas de la España roja?... ¡Fueron tantos los que se vieron en tal trance! Y sería injusto pensar que todos ellos, o siquiera la mayoría, soportaran sobre sus conciencias hechos delictivos que purgar, motivadores de sanciones de tipo afflictivo; antes al contrario, la realidad dice que los más de ellos sólo pudieron servir los designios marxistas con las armas en la mano obligados por las circunstancias, pero sin sentir en sus almas el rencor o el odio propicio a consumir andanzas criminales durante el caos, o, después de él, a mantenerse hoscos e impertérritos en una animosidad contra la España de Franco, que nunca sintieron, ni en los días del fragor de la lucha guerrera, ni mucho menos una vez advenida la paz y con ella la posibilidad de enderezar sus vidas hacia nortes más apetecibles a su condición de buenos hijos de España.

Mi caso es cierto, que no producto de imaginación de escritor. Con la guerra, aquel zagal de apenas dieciséis años, pero ya hecho hombre en la necesidad dura de «meterse» con la vida sin apoyos ni tutelas, fué considerado desde el primer momento por los mandos rojos como hombre útil para el servicio de armas y como tal miliciano recorrió diversos frentes de combate, cumpliendo con espíritu de manada el imperativo de la disciplina agría del marxismo, sin por ello dejar su espíritu enredado entre las prédicas de comisarios, responsables, propagandistas y agentes de los «clans» que la internacional soviétizante enviaba y educaba para su gran afán de adueñarse de España, y, sobre todo, del espíritu de la juventud española. Sin duda las continuas derrotas, la lección cruel de una realidad que llevaba a los rojos de desacierto en fracaso y de desastre en derrota, en este muchacho y en tantos como él, fué dejando huella indeleble de justo menosprecio para sus jefes y moral triste de insoslayable definitiva catástrofe de vencimiento. Y así, él vería llegar la hora de nuestro triunfo, más que con pena con alegría, aún más cierta cuando pudo convencerse de la patraña que se les quería hacer pasar por verdad inconcusa de que no era España, no eran los soldados de Franco quienes a diario les inflingía a los rojos golpes de muerte, sino las ayudas extrañas, que de cierto nunca pudieron igualarse, ni en número ni en duración, a las que ellos, los rojos, hasta última hora estuvieron recibiendo. Fueron los soldados de Franco, los españoles, los que día tras día les ganaron batallas y terreno; y esto que ya sospechaban los «milicianos forzados» quedó patentizado en la hora en que, ya sin fuerzas para resistir y traicionados por la bellaquería de sus jefes, hubieron de rendirse las últimas unidades del campo rojo.

Formando parte de ellas y con el fusil en la mano fué encontrado mi «héroe». Y, naturalmente, de momento se vió internado en un campo de concentración. De

allí salió por ser precisamente «uno de tantos», «uno del montón», sin personalidad acusada ni «sangre de víctimas inocentes en las manos»; se vió libre y pensó en enderezar su existencia, torcida sólo contra su voluntad; más, por su desgracia, el muchacho carecía de documentos de garantía, avales de crédito; era casi un niño—niño sin amparo ni tutela—cuando la guerra le había llevado al lado rojo y salía de ese campo y esa guerra ya hambrecito, pero sin documentación, sin solvencia y sin oficio ni beneficio: el clásico «golfillo» madrileño. Y, como tal, en su Madrid se buscó el pan en lo que puede buscásele un hombre joven que no sabe trabajar más que poniendo a contribución eso: su juventud. Y se dedicó a subir maletas de las estaciones, tarea en la que, mal que bien, un día con otro, sacaba las tres, las cinco pesetillas, que le permitían comer lo preciso para no desfallecer de hambre. Dormir, dormía en una de esas instituciones benéficas destinadas a esta misión de verdadera caridad y... de allí le vino su suerte, porque una de las acogidas habló por él a las protectoras del cobijo, subrayando la bondad del muchacho, bondad resignada, que no sabía de protestas y maldiciones, y que tenía el rebozo de la inteligencia despierta del golfillo que, por una suerte singular, en su vida de niño de triste destino había conseguido aprender lo bastante para no poderle calificar de analfabeto, y, en su esfera, tampoco de ignorante.

El muchacho recibió ayuda material en los días de carencia absoluta, y como consejo práctico el de ingresar en la Legión. No vaciló un momento. Quizás más que ninguna otra cosa le animó a «engancharse» la esperanza de poder—como tantos otros—convertir en realidad la promesa magnífica de redención total que encierra el cartel, enrolador anuncio de la posibilidad de llegar a ser un «caballero legionario», acicate de tantas voluntades mozas que pasaron de lo abyecto a lo heroico para bien suyo y de España. Y a la Legión se fué, y hete aquí que aquellas damas, en pago a mi modesta ayuda para la pretensión del muchacho, han venido hoy mismo a mostrarme una carta de este mozo recién ascendido a cabo, y en vías de lograr su sueño de hacerse hombre por sí mismo. Y dice en un párrafo, dedicado a su «madriña»: «Señora: Yo no tenía más pena que la de haberme separado de ustedes, pero me dicen que probablemente voy a tener una licencia, antes de pasar a la gloriosa División Azul, que me permitirá ir a Madrid luciendo mi uniforme y mis galones. Yo no sé si ustedes se darán cuenta de lo que es esto para mí. Yo les digo que estoy tan orgulloso, tan seguro de mi mismo, tan convencido de que ya soy alguien, que ya tengo un nombre, y un puesto, y un honor, que me siento capaz de las más grandes acciones. ¡Soy un caballero legionario! ¡Soy un soldado—perdonen mi vanidad—, un buen soldado de Franco! ¡Soy un hombre que siente el orgullo de saberse español, y español útil a su Patria! ¡Ya vale la pena de vivir, señoras mías! Lo siento y lo digo porque creo que es la mejor manera de dar gracias a Dios y a ustedes. Yo me he salvado y aquí conozco cada día a docenas de muchachos que están en mi caso y que se han hecho hombres en gracia a esta «madre» de valor y honor que tiene el Tercio; y estos muchachos ya saben gritar, como se debe gritar, con conciencia y hombría, esos tres gritos que

## Nueva forma de humor

Por FRANCISCO TOLSADA

Yo no creo que en el mundo vaya quedando mucho hueco para el cultiivo del humorismo en gran escala. Por la misma razón que la tierra ha sido objeto de aprovechamiento hasta el límite, llegándose a convertir todas las «pelouses» europeas en campos espléndidos de tubérculos y todos los anémicos jardinillos de las villas familiares «week-end», en frondosos huertos de lechugas y tomates, el espacio espiritual que años atrás restaba, después de atender las más elevadas funciones intelectuales, dedicado al deporte del humor, se ha ido achicando con manifiesta urgencia, para dejar sitio al cultivo de las más graves preocupaciones del momento.

El humor es planta de climas y tierras espirituales serenos, consecuencia de buenas digestiones, producto, las más de las veces, del escape furtivo y natural de un gran potencial energético, almacenado en ciertas zonas del espíritu y en ciertos espíritus, puesto a presión, eso sí, por la vulgar materia incoercible, por el buen vivir, por la serena, en fin, delicia de un nuevo concepto de la «sophrosine».

Humor, por ejemplo, es el chorrillo de vapor que la locomotora deja escapar antes de la partida, que es como un satisfecho respiro y anuncio de que todo marcha bien en las entrañas. También lo es la paradoja del serio y doctoral profesor de Metafísica, tras un buen almuerzo, amenizado por todas las ontelegías posibles.

Por otra parte, el humor es consecuencia también del contraste que naturalmente se produce entre lo ambicionado y lo posible. En ese desnivel entre lo uno y lo otro, se produce un desequilibrio, en donde se suele perder toda noción de seriedad y de serenidad.

El mundo de hoy no es clima de humor. ciertamente y cuando algún hecho toma perfiles o dimensiones humorísticas no deja de ser un hecho de excepción. Y que ello es así no cabe la menor duda. Lo prueba, entre otros fenómenos, por ejemplo, la mudez sospechosa de Bernard Shaw, exponente máximo de la capacidad que el hombre tiene para sentirse feliz en momentos que evidentemente no son estos que nos ha tocado vivir. Bernard Shaw lo representaba todo en la unión Jack. Era, como si dijéramos, el hombre indispensable en todo el mundo anglo-sajón para llevar a buen término una perfecta comida. Para que el «ros-beef» se comportase dentro del estómago como es decoroso que se comporte, era necesaria la alada presencia de una frase o de una anécdota sabrosa del humorista irlandés, tanto por lo menos como la buena rociada del mejor vino español. Más hoy, ya lo ven ustedes, Bernard Shaw no representa nada, ni en Inglaterra, ni para el mundo que seguía sus gestos antes, con el detalle que un banquero puede poner en la marcha de las cotizaciones.

Y es natural. Sus decires agudos, si es que aún le quedan ganas de tenerlos, no

llegan a la categoría de necesidad pública, como antes, ni llegan a poseer la virtualidad convincente de un antiaéreo o de un mastodonte acorazado, ni mucho menos, sus palabras pueden llegar a conseguir que Rommel, por ejemplo, tenga la cortesía de quedarse en Agedabia, sin aspirar a eso que en realidad no tiene más importancia que la de los críticos militares le quieren dar; me refiero al Canal de Suez...

El humorismo en Inglaterra ha quedado hoy por hoy como estatificado, como nacionalizado en el Ministerio de Propaganda y particularmente reservado a mister Churchill, cuando éste se ve precisado a convencer a su país y a los países que luchan por su país, de que lo sucedido, ha sucedido a pesar de que no debía suceder y a tratar de inyectar a los impacientes del segundo frente, tranquilidad, que es la madre de la victoria definitiva, según dicen.

Sin embargo, y aquí está el hecho excepcional a que antes me refería, aún quedan en el mundo, por lo visto, perfectos ejemplares de humor. Nos lo ha contado Jacinto Miquelarena desde Buenos Aires. En el caso de ese argentino inefable, para quien al parecer el mundo se ha hecho demasiado chico o excesivamente incómodo o él es un ente con demasiadas pretensiones. El hombre no ha encontrado con toda evidencia, un lugar en el recóndito Pacífico donde se pueda vivir con relativa tranquilidad, una de esas islas que nos ha popularizado el cine, sobre el fondo de una música sentimental y lejana de instrumentos vernáculos, y no se le ha ocurrido otra idea mejor que la de construirse un yate—el Legh II, se llama— con objeto de flanear por los mares, haciéndose el distraído, como esos eternos paseantes que discurren su aburrimiento por la acera izquierda de la calle de Alcalá, en Madrid. Su propósito no es otro que el de alejarse del zumbido de los cañonazos, del ronroneo de los motores de aviación, de los discursos de Roosevelt, de las estridencias de la propaganda organizada. De buscar un sitio en alta mar, en fin, donde su yate pueda anclar mecido por las olas del trópico y por los vientos alisios. Claro es que ha cometido la gran torpeza de proveerse previamente de un aparato de radio y la soledad que busca le resultará muy relativa. Eso sin contar que los actuales inquilinos del Océano, que son los más molestos que un propietario pueda concebir, pues estos han llegado a ser tan exigentes, que la falta de cualquier requisito, al parecer, intrascendente, puede dar con los huesos de Vito Dumas, que así se llama el nuevo humorista, en la comisaría de Gibraltar, por ejemplo, o lo que es peor, en la de Malta, para llegar a la cual el camino es excesivamente molesto.

Porque no creo que en una época de sensibilidad irritable, hiperestesiada, se provea fácilmente de «navicerts» a una mercancía tan peligrosa como es el humorismo.

son toda nuestra vida, toda nuestra ilusión: «España, Franco y la Legión». ¡¡Lo que más vale bajo el cielo y en el mundo!!»

Quizás no merecía la pena de que yo contara esto, pero... ¡Ensancha tanto el espíritu comprobar que no todo se ha perdido, y que aún entre lo que parece más bajo, más insensible, pueden darse

casos como éste, en que un hombre se gana para sí mismo, y para la Patria sólo al influjo de esa gran «madre» de verdaderos héroes que es nuestra fecunda, inmarcesciblemente gloriosa Legión, a la que tanto debe España sin que nunca se agote su venero de inestimables altos, salvadores y nobles servicios!

(De la «Hoja del Lunes», de Madrid.)